



«Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia». Las palabras de santo Tomás de Aquino muestran cuánto la misericordia divina no sea en absoluto un signo de debilidad, sino más bien la cualidad de la omnipotencia de Dios. Es por esto que la liturgia, en una de las colectas más antiguas, invita a orar diciendo: «¿Oh Dios que revelas tu omnipotencia sobre todo en la misericordia y el perdón?». Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso.

“Paciente y misericordioso” es el binomio que a menudo aparece en el Antiguo Testamento para describir la naturaleza de Dios. Su ser misericordioso se constata concretamente en tantas acciones de la historia de la salvación donde su bondad prevalece por encima del castigo y la destrucción. Los Salmos, en modo particular, destacan esta grandeza del proceder divino: «¿Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia» (103,3-4). De una manera aún más explícita, otro Salmo testimonia los signos concretos de su misericordia: «¿Él Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al huérfano y a la viuda; el Señor ama a los justos y entorpece el camino de los malvados?» (146,7-9). Por último, he aquí otras expresiones del salmista: «¿El Señor sana los corazones afligidos y les venda sus heridas. [...] El Señor sostiene a los humildes y humilla a los malvados hasta el polvo?» (147,3.6). Así pues, la misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene desde lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón.

“Eterna es su misericordia”: es el estribillo que acompaña cada verso del Salmo 135 (136) mientras se narra la historia de la revelación de Dios. En razón de la misericordia, todas las vicisitudes del Antiguo Testamento están cargadas de un profundo valor salvífico. La misericordia hace de la historia de Dios con Israel una historia de salvación. Repetir continuamente “Eterna es su misericordia”, como lo hace el Salmo, parece un intento por romper el círculo del espacio y del tiempo para introducirlo todo en el misterio eterno del amor. Es como si se quisiera decir que no solo en la historia, sino por toda la eternidad el hombre estará siempre bajo la mirada misericordiosa del Padre. No es casual que el pueblo de Israel haya querido integrar este Salmo, el grande *hallel* como es conocido, en las fiestas litúrgicas más importantes.

Antes de la Pasión Jesús oró con este Salmo de la misericordia. Lo atestigua el evangelista Mateo cuando dice que «¿después de haber cantado el himno?» (26,30), Jesús con sus discípulos salieron hacia el Monte de los Olivos. Mientras instituía la Eucaristía, como memorial perenne de Él y de su

Pascua, puso simbólicamente este acto supremo de la Revelación a la luz de la misericordia. En este mismo horizonte de la misericordia, Jesús vivió su pasión y muerte, consciente del gran misterio del amor de Dios que se habría de cumplir en la cruz. Saber que Jesús mismo hizo oración con este Salmo, lo hace para nosotros los cristianos aún más importante y nos compromete a incorporar este estribillo en nuestra oración de alabanza cotidiana: “Eterna es su misericordia”.

Papa Francisco. [Misericordiae Vultus - Bula de convocación del Jubileo de la Misericordia](#) (6-7)

SALMO 135, I-II

Himno pascual

¹Dad gracias al Señor porque es bueno:
porque es eterna su misericordia.

²Dad gracias al Dios de los dioses:
porque es eterna su misericordia.

³Dad gracias al Señor de los señores:
porque es eterna su misericordia.

⁴Sólo él hizo grandes maravillas:
porque es eterna su misericordia.

⁵Él hizo sabiamente los cielos:
porque es eterna su misericordia.

⁶Él afianzó sobre las aguas la tierra:
porque es eterna su misericordia.

⁷Él hizo lumbreras gigantes:
porque es eterna su misericordia.

⁸El sol que gobierna el día:
porque es eterna su misericordia.

⁹La luna que gobierna la noche:
porque es eterna su misericordia.

* * *

¹⁰Él hirió a Egipto en sus primogénitos:
porque es eterna su misericordia.

¹¹Y sacó a Israel de aquel país:
porque es eterna su misericordia.

¹²Con mano poderosa, con brazo extendido:

porque es eterna su misericordia.

¹³Él dividió en dos partes el mar Rojo:
porque es eterna su misericordia.

¹⁴Y condujo por en medio a Israel:
porque es eterna su misericordia.

¹⁵Arrojó en el mar Rojo al Faraón:
porque es eterna su misericordia.

¹⁶Guió por el desierto a su pueblo:
porque es eterna su misericordia.

¹⁷Él hirió a reyes famosos:
porque es eterna su misericordia.

¹⁸Dio muerte a reyes poderosos:
porque es eterna su misericordia.

¹⁹A Sijón, rey de los amorreos:
porque es eterna su misericordia.

²⁰Y a Hog, rey de Basán:
porque es eterna su misericordia.

²¹Les dio su tierra en heredad:
porque es eterna su misericordia.

²²En heredad a Israel su siervo:
porque es eterna su misericordia.

²³En nuestra humillación, se acordó de nosotros:
porque es eterna su misericordia.

²⁴Y nos libró de nuestros opresores:
porque es eterna su misericordia.

²⁵Él da alimento a todo viviente:
porque es eterna su misericordia.

²⁶Dad gracias al Dios del cielo:
porque es eterna su misericordia.

COMENTARIO AL SALMO 135, I-II

[La *Liturgia de las Vísperas* nos ofrece el salmo 135 dividido en dos partes, como si fueran dos salmos: el primero, los vv. 1-9, y el segundo, los vv. 10-26. Tiene mucho en común con el salmo anterior, el 134.- La Biblia de Jerusalén da a todo el salmo 135 el título de *Letanía de acción de gracias*. Los judíos llaman a esta letanía «el gran *Hallel*», la gran alabanza, y la recitaban por Pascua, después del «pequeño *Hallel*», o sea, los salmos 112-117.- Para Nácar-Colunga el título del salmo es *Canto de acción de gracias*. En este salmo, con ritmo responsorial, con alternancia de coros, se cantan las grandezas de Dios en el cosmos y en la historia. Es una verdadera letanía. En ella, un coro cantaba la primera parte del versículo, y el pueblo respondía: «Porque es eterna su misericordia», frase que hallamos muchas veces en la Sagrada Escritura, puesta en boca de los que alaban al Señor en el templo. La misericordia es el atributo divino que más de relieve se pone en el A. T., a pesar de lo cual, los fariseos lo entendieron tan poco, que fue necesario que Jesús les propusiese la parábola del «hijo pródigo», y les recordase aquellas palabras: «Misericordia quiero, que no sacrificios» (Mt 9,13).- «Himno pascual en forma de letanía. Recordamos todos y cada uno de los beneficios de Dios en la historia salvífica y en el caminar eclesial, y cantamos con entusiasmo: "Porque es eterna su misericordia". Alentados por esta presencia activa de Dios Amor en nuestra vida, comenzamos una nueva etapa en nuestro caminar, convencidos de que, a cada paso, encontraremos manifestaciones de la misericordia de Dios. Es una contemplación del amor, que mira siempre hacia un "más allá" y hacia un "aleluya" eterno». (J. Esquerda Bifet).]

* * *

Canto de acción de gracias

Este salmo tiene un aire litúrgico y se asemeja mucho al anterior por su contenido, aunque literariamente se distingue por la inserción de un estribillo en la segunda parte de cada versículo, lo que indica su carácter responsorial, cantado con alternanza de coros. Sabemos por Esdras 3,11 y 2 Paralipómenos 7,3.6 que en la organización del culto cantaban alternativamente los coros, declarando la bondad y longanimidad de Yahvé. Algunas veces intervenía todo el pueblo con la contestación *Amén*, *Aleluya*. Entre los judíos, este salmo era llamado «Gran *Hallel*», en contraposición al simple «*Hallel*», que comprendía los salmos 112-117; pero aquella denominación pasó a designar también el conjunto integrado por los salmos 134-135 y 119-135.

Podemos distinguir en este himno tres partes: a) Yahvé, creador del universo (vv. 1-9); b) Yahvé, libertador del pueblo escogido (10-24); c) providencia de Yahvé sobre toda criatura (vv. 25-26). Como el salmo anterior, éste abunda en reminiscencias de otros salmos y pasajes bíblicos. Parece que en él se inspiró el autor de Eclesiástico 51,1-15 para componer su cántico. Algunos autores consideran el salmo 135 como una explicitación o adaptación coral del contenido del salmo 134.

Yahvé, Creador de todas las cosas (vv. 1-9).- El salmista inicia su himno responsorial invitando a reconocer la bondad divina y su soberanía sobre todo, incluso sobre los supuestos dioses de los otros pueblos, que para él no tienen vida propia. Su poder es omnímodo, y se manifestó en la obra de la creación. El canto sigue el relato de Génesis 1: la formación de los cielos y de la tierra sobre las aguas; después destaca el mundo sideral: el sol, la luna y las estrellas, que, lejos de ser divinidades, como creían los pueblos gentiles, son unos instrumentos al servicio del hombre. Cada uno de ellos tiene su momento fijado para aparecer: el sol de día, la luna y las estrellas de noche. Y todo conforme a un plan divino previamente fijado conforme a su sabiduría.

Protección divina sobre Israel (vv. 10-24).- Esta segunda sección del salmo está calcada sobre la

segunda del salmo anterior, de la que es una simple adaptación litánica para ser cantado alternativamente con el pueblo.

La Providencia divina (vv 25-26).- El v. 25 parece fuera de lugar, pues la mención de la Providencia sobre todos los seres interrumpe bruscamente el himno que canta la protección divina sobre Israel como pueblo. Parece que forma parte de una sección perdida en la que se cantaría la solicitud providente de Yahvé sobre todos los animales y sobre el hombre, al estilo del salmo 103. La composición termina invitando a alabar y dar gracias al *Dios del cielo*, expresión que sólo aparece aquí en el Salterio y en los libros de la época persa.

[**Maximiliano García Cordero**, en la *Biblia comentada* de la BAC]

* * *

I.^a CATEQUESIS DE JUAN PABLO II Himno pascual (Sal 135,1-9)

1. Ha sido llamado «el gran Hallel», es decir, la alabanza solemne y grandiosa que el judaísmo entonaba durante la liturgia pascual. Hablamos del salmo 135, cuya primera parte acabamos de escuchar, según la división propuesta por la *Liturgia de las Vísperas* (cf. vv. 1-9).

Reflexionemos ante todo en el estribillo: «Es eterna su misericordia». En esa frase destaca la palabra «misericordia», que en realidad es una traducción legítima, pero limitada, del vocablo originario hebreo *hesed*. En efecto, este vocablo forma parte del lenguaje característico que usa la Biblia para hablar de la relación que existe entre Dios y su pueblo. El término trata de definir las actitudes que se establecen dentro de esa relación: la fidelidad, la lealtad, el amor y, evidentemente, la misericordia de Dios.

Aquí tenemos la representación sintética del vínculo profundo e interpersonal que instaura el Creador con su criatura. Dentro de esa relación, Dios no aparece en la Biblia como un Señor impasible e implacable, ni como un ser oscuro e indescifrable, semejante al hado, contra cuya fuerza misteriosa es inútil luchar. Al contrario, él se manifiesta como una persona que ama a sus criaturas, vela por ellas, las sigue en el camino de la historia y sufre por las infidelidades que a menudo el pueblo opone a su *hesed*, a su amor misericordioso y paterno.

2. El primer signo visible de esta caridad divina -dice el salmista- ha de buscarse en la creación. Luego entrará en escena la historia. La mirada, llena de admiración y asombro, se detiene ante todo en la creación: los cielos, la tierra, las aguas, el sol, la luna y las estrellas.

Antes de descubrir al Dios que se revela en la historia de un pueblo, hay una revelación cósmica, al alcance de todos, ofrecida a toda la humanidad por el único Creador, «Dios de los dioses» y «Señor de los señores» (vv. 2-3).

Como había cantado el salmo 18, «el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra» (vv. 2-3). Así pues, existe un mensaje divino, grabado secretamente en la creación y signo del *hesed*, de la fidelidad amorosa de Dios, que da a sus criaturas el ser y la vida, el agua y el alimento, la luz y el tiempo.

Hay que tener ojos limpios para captar esta revelación divina, recordando lo que dice el *libro de la Sabiduría*: «De la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (Sb 13,5; cf. Rm 1,20). Así, la alabanza orante brota de la contemplación de las «maravillas» de Dios (cf. Sal 135,4), expuestas en la creación, y se transforma en gozoso himno de alabanza y acción de gracias al Señor.

3. Por consiguiente, de las obras creadas se asciende hasta la grandeza de Dios, hasta su misericordia amorosa. Es lo que nos enseñan los Padres de la Iglesia, en cuya voz resuena la constante *Tradición* cristiana.

Así, san Basilio Magno, en una de las páginas iniciales de su primera homilía sobre el *Exameron*, en la que comenta el relato de la creación según el capítulo primero del libro del *Génesis*, se detiene a considerar la acción sabia de Dios, y llega a reconocer en la bondad divina el centro propulsor de la creación. He aquí algunas expresiones tomadas de la larga reflexión del santo obispo de Cesarea de Capadocia:

«"En el principio creó Dios los cielos y la tierra". Mi palabra se rinde abrumada por el asombro ante este pensamiento» (1,2,1: *Sulla Genesi*, en *Omellie sull'Esamerone*, Milán 1990, pp. 9.11). En efecto, aunque algunos, «engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad», el escritor sagrado «en seguida nos ha iluminado la mente con el nombre de Dios al inicio del relato, diciendo: "En el principio creó Dios". Y ¡qué belleza hay en este orden!» (1,2,4: *ib.*, p. 11). «Así pues, si el mundo tiene un principio y ha sido creado, busca al que lo ha creado, busca al que le ha dado inicio, al que es su Creador. (...) Moisés nos ha prevenido con su enseñanza imprimiendo en nuestras almas como sello y filacteria el santísimo nombre de Dios, cuando dijo: "En el principio creó Dios". La naturaleza bienaventurada, la bondad sin envidia, el que es objeto de amor por parte de todos los seres racionales, la belleza más deseable que ninguna otra, el principio de los seres, la fuente de la vida, la luz intelectual, la sabiduría inaccesible, es decir, Dios "en el principio creó los cielos y la tierra"» (1,2,6-7: *ib.*, p. 13).

Creo que las palabras de este Santo Padre del siglo IV tienen una actualidad sorprendente cuando dice: «Algunos, engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad». ¡Cuántos son hoy los que piensan así! Engañados por el ateísmo, consideran y tratan de demostrar que es científico pensar que todo carece de guía y de orden, como si estuviera gobernado por la casualidad. El Señor, con la Sagrada Escritura, despierta la razón que duerme y nos dice: «En el inicio está la Palabra creadora. Y la Palabra creadora que está en el inicio -la Palabra que lo ha creado todo, que ha creado este proyecto inteligente que es el cosmos- es también amor».

Por consiguiente, dejémonos despertar por esta Palabra de Dios; pidamos que esta Palabra ilumine también nuestra mente, para que podamos captar el mensaje de la creación -inscrito también en nuestro corazón-: que el principio de todo es la Sabiduría creadora, y que esta Sabiduría es amor, es bondad; «es eterna su misericordia».

[Texto de la Audiencia general del Miércoles 9 de noviembre de 2005]

* * *

II.ª CATEQUESIS DE JUAN PABLO II

Acción de gracias por la salvación

realizada por Dios (Sal 135,10-26)

1. Nuestra reflexión vuelve al himno de alabanza del salmo 135 que la *Liturgia de las Vísperas* propone en dos etapas sucesivas, siguiendo una distinción específica que la composición ofrece a nivel temático. En efecto, la celebración de las obras del Señor se delinea entre dos ámbitos, el del espacio y el del tiempo.

En la primera parte (cf. vv. 1-9), que fue objeto de nuestra meditación precedente, desempeñaba un papel destacado la acción divina en la creación, que dio origen a las maravillas del universo. Así, en esa parte del salmo se proclama la fe en Dios creador, que se revela a través de sus criaturas cósmicas. Ahora, en cambio, el gozoso canto del salmista, llamado por la tradición judía «el gran Hallel», o sea, la alabanza más elevada dirigida al Señor, nos conduce a un horizonte diverso, el de la historia. La primera parte, por tanto, trata de la creación como reflejo de la belleza de Dios; la segunda habla de la historia y del bien que Dios ha realizado por nosotros en el curso del tiempo. Sabemos que la revelación bíblica proclama repetidamente que la presencia de Dios salvador se manifiesta de modo particular en la historia de la salvación (cf. Dt 26,5-9; Jos 24,1-13).

2. Así pues, pasan ante los ojos del orante las acciones liberadoras del Señor, que tienen su centro en el acontecimiento fundamental del éxodo de Egipto. A este está profundamente vinculado el arduo viaje por el desierto del Sinaí, cuya última etapa es la tierra prometida, el don divino que Israel sigue experimentando en todas las páginas de la Biblia.

El célebre paso a través del mar Rojo, «dividido en dos partes», casi desgarrado y domado como un monstruo vencido (cf. Sal 135,13), hace surgir el pueblo libre y llamado a una misión y a un destino glorioso (cf. vv. 14-15; Ex 15,1-21), que encuentra su relectura cristiana en la plena liberación del mal con la gracia bautismal (cf. 1 Co 10,1-4). Se abre, además, el itinerario por el desierto: allí el Señor es representado como un guerrero que, prosiguiendo la obra de liberación iniciada en el paso del mar Rojo, defiende a su pueblo, hiriendo a sus adversarios. Por tanto, desierto y mar representan el paso a través del mal y la opresión, para recibir el don de la libertad y de la tierra prometida (cf. Sal 135,16-20).

3. Al final, el Salmo alude al país que la Biblia exalta de modo entusiasta como «tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y hontanares (...), tierra de trigo y de cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares, de aceite y de miel, tierra donde el pan que comas no te será racionado y donde no carecerás de nada; tierra donde las piedras tienen hierro y de cuyas montañas extraerás el bronce» (Dt 8,7-9).

Esta celebración exaltante, que va más allá de la realidad de aquella tierra, quiere ensalzar el don divino dirigiendo nuestra expectativa hacia el don más alto de la vida eterna con Dios. Un don que permite al pueblo ser libre, un don que nace -como se sigue repitiendo en la antífona que articula cada versículo- del *hesed* del Señor, es decir, de su «misericordia», de su fidelidad al compromiso asumido en la alianza con Israel, de su amor, que sigue revelándose a través del «recuerdo» (cf. Sal 135,23). En el tiempo de la «humillación», o sea, de las sucesivas pruebas y opresiones, Israel descubrirá siempre la mano salvadora del Dios de la libertad y del amor. También en el tiempo del hambre y de la miseria el Señor entrará en escena para ofrecer el alimento a toda la humanidad, confirmando su identidad de creador (cf. v. 25).

4. Por consiguiente, en el salmo 135 se entrelazan dos modalidades de la única revelación divina, la cósmica (cf. vv. 4-9) y la histórica (cf. vv. 10-25). Ciertamente, el Señor es trascendente como creador y dueño absoluto del ser; pero también está cerca de sus criaturas, entrando en el espacio y en el tiempo. No se queda fuera, en el cielo lejano. Más aún, su presencia en medio de nosotros alcanza su ápice en la encarnación de Cristo.

Esto es lo que la relectura cristiana del salmo proclama de modo límpido, como testimonian los Padres de la Iglesia, que ven la cumbre de la historia de la salvación y el signo supremo del amor misericordioso del Padre en el don del Hijo, como salvador y redentor de la humanidad (cf. Jn 3,16).

Así, san Cipriano, mártir del siglo III, al inicio de su tratado sobre *Las obras de caridad y la limosna*, contempla con asombro las obras que Dios realizó en Cristo su Hijo en favor de su pueblo, prorrumpiendo por último en un apasionado reconocimiento de su misericordia. «Amadísimos hermanos, muchos y grandes son los beneficios de Dios, que la bondad generosa y copiosa de Dios Padre y de Cristo ha realizado y siempre realizará para nuestra salvación; en efecto, para preservarnos, darnos una nueva vida y poder redimirnos, el Padre envió al Hijo; el Hijo, que había sido enviado, quiso ser llamado también Hijo del hombre, para hacernos hijos de Dios: se humilló, para elevar al pueblo que antes yacía en la tierra, fue herido para curar nuestras heridas, se hizo esclavo para conducirnos a la libertad a nosotros, que éramos esclavos. Aceptó morir, para poder ofrecer a los mortales la inmortalidad. Estos son los numerosos y grandes dones de la divina misericordia» (1: *Trattati: Collana di Testi Patristici*, CLXXV, Roma 2004, p. 108).

Con estas palabras el santo Doctor de la Iglesia desarrolla el Salmo con una enumeración de los beneficios que Dios nos ha hecho, añadiendo a lo que el Salmista no conocía todavía, pero que ya esperaba, el verdadero don que Dios nos ha hecho: el don del Hijo, el don de la Encarnación, en la que Dios se nos dio a nosotros y permanece con nosotros, en la Eucaristía y en su Palabra, cada día, hasta el final de la historia. El peligro nuestro está en que la memoria del mal, de los males sufridos, a menudo sea más fuerte que el recuerdo del bien. El Salmo sirve para despertar en nosotros también el recuerdo del bien, de tanto bien como el Señor nos ha hecho y nos hace, y para que podamos ver si nuestro corazón se hace más atento: en verdad, la misericordia de Dios es eterna, está presente día tras día.

[Texto de la Audiencia general Miércoles 16 de noviembre de 2005]

MONICIÓN SÁLMICA

Para Israel, el salmo 135 formaba parte del «gran *hallel* pascual», es decir, de la suprema alabanza del pueblo escogido en honor de Yahvé. El entusiasmo con que repetía el mismo estribillo impedía la rutina. El encadenamiento de las diversas maravillas realizadas por Dios en favor suyo le testimoniaba el amor indeficiente del Señor: *Porque es eterna su misericordia*.

En esta lista de acciones prodigiosas de Dios en favor de su pueblo hay tres momentos privilegiados: la creación del mundo, la liberación de Egipto, la solicitud de Dios por el pan de cada día de sus criaturas: *Él hizo sabiamente los cielos y afianzó sobre las aguas la tierra; él hirió a Egipto y sacó a Israel de aquel país; él da alimento a todo viviente*.

Que la enumeración de estas maravillas, completadas, sobre todo en lo que se refiere a la liberación pascual, por Jesucristo, no deje frío o indiferente al nuevo Israel de Dios. Que el estribillo *Porque es eterna su misericordia* no se convierta en nuestros labios en una fórmula rutinaria, sino que la contemplación amorosa del amor de Dios para con los hombres haga también de este salmo nuestro «gran *hallel*», la alabanza a Dios del pueblo cristiano.

En la celebración comunitaria, es recomendable que este salmo sea recitado a manera de una letanía. Un lector (o, mejor aún, un cantor, para que cada una de las frases de la letanía penetre más profundamente) puede ir enumerando las diversas maravillas que presenta el salmo, y la asamblea puede responder con canto -tanto si la enumeración es leída como si es cantada-: «Porque es eterna su misericordia».

Oración I: Señor y Padre nuestro, porque eres bueno, porque amas al mundo y no quieres que nadie se pierda, nos has enviado como salvador a tu Hijo; porque es eterna tu misericordia, has aceptado su obediencia, que nos ha hecho pasar de la muerte a la vida, y has dado tu Espíritu a los creyentes, para que vivamos en la libertad, como hijos tuyos; por ello te damos gracias y bendecimos tu nombre, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Oración II: Señor Dios, autor de grandes maravillas, te damos gracias porque eres bueno, porque tu misericordia es eterna; te damos gracias por Cristo tu Hijo, nuestro Señor, en quien hemos recibido toda gracia y todo don: por él has creado cuanto existe en el cielo y en la tierra, en él y con él hemos pasado de la muerte a la vida, por ello queremos bendecirte ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

[Pedro Farnés]

* * *

NOTAS A LOS VERSÍCULOS DEL SALMO 135, I-II

Gran himno, en forma de letanía: el pueblo responde a las diversas invocaciones. El salmo realiza una sublime y sencilla síntesis de naturaleza e historia, contemplando y aclamándolo todo, bajo el signo de la «misericordia» o amor salvador. Es decir, todo es salvación, la salvación comienza con la creación del universo, sigue con la redención de Israel, continúa en la vida cotidiana. Y el salmo queda abierto para nuevas invocaciones, porque la misericordia de Dios es eterna, y continúa.

VV. 1-3. La introducción contiene una invocación triple, con el nombre del Señor y dos títulos.

VV. 4-6. La creación está vista en estratos horizontales: cielo, tierra, aguas inferiores. El cielo es morada de Dios, la tierra es escenario de la historia humana; la zona inferior es la sede de los poderes adversos.

VV. 7-9. Sol y luna no son dioses ni señores, sino criaturas de Dios. Ellos miden el pulso de los días, pero también son la medida del tiempo y de la historia.

VV. 10-12. Se menciona la última plaga, la definitiva: las fórmulas están tomadas de «credos» o de otros textos litúrgicos.

VV. 13-15. El paso del mar Rojo fue decisivo. Dios dividió o «descuartizó» al mar. El verbo tiene una resonancia lejana: el mar Rojo representa el poder adverso a Dios. Los profetas aplican este tema de mitologías babilonias al hecho histórico de la liberación.

V. 16 La etapa del desierto está reducida a medio verso: también el desierto es zona hostil, inhabitable.

VV. 17-22. Al llegar los israelitas a las puertas de la tierra prometida, un nuevo poder hostil se enfrenta con el plan salvador de Dios: los reyes poderosos de la tierra. La tierra prometida es el don de Dios a su pueblo, el pueblo la ha de recibir y transmitir como una heredad divina.

VV. 23-24. Resume las incidencias históricas en la tierra prometida, sin ningún dato concreto. La humillación es sobre todo la opresión política y la derrota militar.

V. 25. De la creación y la historia, pasamos a lo cotidiano, al pan de cada día, en el que también se revela la misericordia eterna de Dios.

Para la reflexión del orante cristiano.- Este salmo, como síntesis de salvación, lo recoge y repite la Iglesia, pueblo de la nueva alianza. Nuestra redención se iba realizando ya entonces, cuando nuestros padres salían de Egipto; y más allá aún, cuando Dios creaba el cielo. Porque todo era manifestación de una única misericordia eterna, que tiene su cumbre de manifestación en Cristo (Tit 3,5; 1 Pe 1,3). Cerramos el salmo invocando a la Trinidad, al Padre de las misericordias (1 Co 1,3), al Hijo que fue misericordioso (Hb 2,17), y al Espíritu consolador; pero el salmo queda abierto para nuevas manifestaciones de misericordia, porque es eterna.

[L. Alonso Schökel]

* * *

El gran Hallel

Llamado *El gran Hallel*, es el más litúrgico de los salmos por su estribillo veintiséis veces repetido. Se destinaba, pues, a la recitación o canto alternado, respondiendo a los esticos pronunciados por un solista o un coro, la letanía incansable de la bondad eterna de Yahvé por otro coro o por la comunidad entera. En varias ocasiones solemnes, como la dedicación del templo de Salomón (2 Par 7,3.6), o de Zorobabel (Esd 3,11), el pueblo dio rienda suelta a su entusiasmo religioso con esta fórmula. Todo el salmo pudo ser compuesto desde un principio para la liturgia.

Por su género es un *cántico* himnico, eucarístico o de acción de gracias y litúrgico a Yahvé en la creación y en la historia. Consta de tres partes:

a) Invitación a la alabanza, vv. 1-3: la invitación a la alabanza o acción de gracias contiene una triple invocación con el nombre de Yahvé y dos títulos sinónimos aquí y en Dt 10,17.

b) Tres motivos: Creador, vv. 4-9: en la creación admira el salmista la sabiduría o plan divino previo. El señorío que atribuye a las luces grandes o lumbreras gigantes es el que ejercen de día y de noche sobre la tierra. **Bienhechor, vv. 10-24:** los hechos maravillosos son los grandes beneficios hechos a

Israel en la historia, cantados ya en otros salmos (134,8; 104,37.43). Casi lo único original son los dos vv. 23-24, resumen de los anteriores. *Humillación* (v. 23) llama al estado de sujeción a los egipcios. Y a la liberación, *nos libró de nuestros opresores* (v. 24). **Próvido, v. 25:** la providencia de Dios en la vida cotidiana se reduce a una frase muy breve, *da alimento a todo viviente*.

c) Invitación repetida a la alabanza, v. 26: breve es también la invitación final en conexión con los vv. 1-3. El título *Dios del cielo* sólo aparece aquí en el Salterio y en los libros de influjo persa. Los LXX repiten sencillamente el v. 3.

Seis versos (vv. 17-22) se hallan repetidos sin estribillo y con exiguas variantes en el salmo 134,10-12.

[Extraído de **R. Arconada**, en *La Sagrada Escritura. Texto y comentario*, de la BAC]

MONICIONES PARA EL REZO CRISTIANO DEL SALMO 135

Introducción general

«Gran himno en forma de letanía: el pueblo responde a las diversas invocaciones. El salmo realiza una sublime y sencilla síntesis de naturaleza e historia, contemplando y aclamándolo todo bajo el signo de la "misericordia" o amor salvador. Es decir, todo es salvación, la salvación comienza con la creación del universo, sigue con la redención de Israel, continúa en la vida cotidiana. Y el salmo queda abierto para nuevas invocaciones, porque la misericordia de Dios es eterna y continúa» (L. Alonso Schökel). La **primera parte** del «Gran Hallel» -como denominaba el judaísmo a este salmo- se compone de un cántico de entrada o invitación a la alabanza (vv. 1-3) y de la alabanza a Dios creador (vv. 4-9). La forma litánica o responsorial es exponente de su carácter litúrgico.

En la **segunda parte** del salmo, vv. 10-26, continúa la alabanza haciendo un recorrido por los hitos más salientes de la historia pasada, desde Egipto hasta la tierra prometida. Llegados a la tierra dada a Israel como heredad, se resumen las incidencias históricas sin relatar ningún dato concreto. En la opresión política y en la derrota militar, Dios continúa manifestando su gran misericordia. Desde aquí se da un paso a lo cotidiano. También el pan de cada día es una demostración del gran amor de Dios. Se impone una rendida tributación de gratitud a Dios, cuya misericordia es eterna.

En la celebración comunitaria, para la salmodia de la **primera parte** de este cántico o himno (vv. 1-9), deben tenerse en cuenta los dos temas que lo componen: invitación a la alabanza y alabanza de Dios creador. Puede salmodiarse de forma litánica: la asamblea recita el segundo verso-estribillo: «Porque es eterna su misericordia». He aquí la distribución:

Presidente, *Invitación a la alabanza*: «Dad gracias al Señor... Señor de los señores» (vv. 1-3).

Salmista, *Alabanza de Dios creador*: «Sólo él hizo maravillas... la luna que gobierna la noche» (primer inciso de los vv. 3-9).

Asamblea, *Estribillo*: «Porque es eterna su misericordia».

A la **segunda parte** del salmo se le aplica el mismo modo litánico que a la parte precedente: un salmista proclama los motivos, signos que descubren el amor de Dios, y la asamblea responde a cada uno de los motivos: «Porque es eterna su misericordia».

Bendito sea Dios por su gran misericordia

La bondad, la misericordia, el amor de Dios es inaprehensible en palabras humanas. La superioridad incomparable del Dios de Israel, su hacer creacional y sus hazañas históricas son algunos de los gestos, tan sólo indicativos, de ese inconmensurable amor. Llegada la plenitud de los tiempos, el gesto sorprendente de enviar a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley (Gál 4,4), permite asomarnos al océano de amor divino, sin poder divisar sus costas. «En esto consiste el amor... en que Dios nos amó y envió a su Hijo» (1 Jn 4,10). Cristo es la manifestación de la misericordia, del amor de Dios hacia los hombres. Consecuencia de ello es que cantemos la eterna misericordia de Dios con el lenguaje de los hechos: «Si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros» (1 Jn 4,11). «¡Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo por su gran misericordia!» (1 Pe 1,3).

Un cántico para nuestro destierro

La miopía de los contemporáneos de Jeremías sólo les permite ver el abandono y la desolación de las ciudades de Judá. El profeta percibe un trajín de multitudes. Vienen a la casa de Dios con esta canción: «Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterno su amor» (Jer 36,10-11). Ni la fuerza destructora del destierro silencia el amor de Dios. El ruido del destierro humano condenó a Jesús a una radical soledad (cf. Mc 14,50). Pudo parecer incluso que la voz de Dios había enmudecido para siempre. Pero Jesús, perdonando y acogiendo todavía, llega a la cumbre del «más grande amor» (Jn 15,13). El escándalo de la cruz es un escándalo de amor, que ha introducido en nuestro mundo la desconocida y operante fuerza del Espíritu. Ella es quien entona la canción de nuestro destierro: «¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15). Prepara así el triunfo del amor eterno, en el que «conoceremos como somos conocidos» (1 Cor 13,12).

La creación, capítulo primero del amor

El amor que el hombre retorna a Dios se fundamenta en que Él es único, Dios de los dioses y Señor de los señores; en que sólo Él y no otro hizo los cielos, afianzó la tierra; en que todo fue creado por Él, en que Él es *nuestro* Dios: un posesivo que concentra todo el amor divino hacia *su* pueblo. El que nos formó y creó es el creador de todo. Con la creación comienza el estupendo libro del amor de Dios. El título de este capítulo es «Todo fue creado por Cristo y para Cristo» (Col 1,16). Las inquietantes preguntas que surgen de vez en cuando: «¿Por qué, para qué existo?», tienen una sola respuesta: por Amor y para el Amor. Para nosotros, en efecto, «no hay más que un solo Dios, el *Padre* del cual proceden todas las cosas y para el que somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y para el cual somos nosotros» (1 Cor 8,6). Es justo que alabemos el eterno amor de nuestro Dios.

Creo en Dios Todopoderoso

Recordar la liberación de Egipto es confesar el poder de Dios. Se interpusieron poderes adversos: el Faraón que no reconoce a Dios, el mar como poder de desorden, los reyes cananeos... La mano fuerte y el brazo extendido de Dios revelan al Dios de Israel como el único Todopoderoso en el cielo

y en la tierra. Jesús, ungido con la fuerza del Espíritu y con poder, hubo de enfrentarse con otros poderes. Por un momento pareció que triunfaba el poder de las tinieblas. Sin embargo, una vez elevado, atrae a todos hacia sí (Jn 12,31-32). Es decir, se le han dado tales poderes en el cielo y en la tierra, que el resto de las potencias han sido destronadas. Para reconocer ese sorprendente y único poder, para reconocer a Cristo y el poder de su resurrección, es necesario creer en el poder de Dios que resucitó a Cristo. Este mismo poder guardará a los creyentes para la salvación que se revelará en los últimos tiempos. Mientras salmodiamos, afirmamos nuestra fe: Creemos en Dios Padre todopoderoso.

En la nueva creación no habrá mar

El mar tiene diversos simbolismos religiosos: es la fuerza del desorden caótico que debe ser domada para que exista lo creado. Simboliza igualmente el poder hostil de las naciones, que deben ser vencidas para que el pueblo de Dios pase el Mar a pie enjuto. Simboliza, finalmente, las fuerzas satánicas con que Dios se enfrentará en el último combate. Se puede decir que el mar es la lejanía más absoluta de Dios. Esa lejanía deja de serlo porque el Creador tiene un dominio absoluto sobre los acontecimientos históricos. Jesús, imperando sobre el mar, subyugándolo como un señor a su esclavo, es el vencedor del desorden, de los poderes adversos y de la fuerza satánica que ahora acosa a los que son de Cristo. Los que creemos en Cristo llegaremos al día extraordinario en el que ya no habrá mar (Ap 21,1). La lejanía de Dios será absoluta y cálida cercanía porque es eterno su amor.

Danos hoy el pan del mañana

El amor de Dios no es una vieja historia pasada. El pan de cada día es una dádiva de su amor. Este pan es una sombra del auténtico pan, el que da la vida al mundo. El alimento que se acaba da solamente una vida que perece. Hay un alimento para el futuro que, por ser la mayor condensación del amor, comporta una vida imperecedera. Por ese pan debemos afanarnos. Ya se reparte ahora en la mesa del Reino y hace dichoso al hombre. Quien se acerca a la Eucaristía y come la carne entregada por nosotros, saborea el pan del cielo, que contiene en sí todo deleite. Encierra el deleite de la saciedad del momento y de la hartura futura, cuya prenda es. Por eso pedimos insistentemente que Dios nos dé hoy el pan del mañana, cuando seremos saciados para siempre en nuestros anhelos de vida (Mt 6,11), porque es eterno el amor que Dios nos tiene.

Resonancias en la vida religiosa

I.- Vida Religiosa, Eucaristía permanente: Llevamos en nosotros las marcas indelebles del seguimiento de Cristo, impresas definitivamente en nuestra carne el día de nuestra profesión perpetua, el día del compromiso definitivo. Son marcas que su amor nos ha producido, y por ello anuncian, proclaman que su amor, su gracia es eterna. No necesitamos hablar; nuestra misma vida habla el lenguaje silencioso, pero elocuente, del amor.

Por ello nuestra vida es una continua acción de gracias; estamos llamados a ser portavoces permanentes de la gracia de Dios en nuestro mundo, reflejo de su inmensa benevolencia; de aquella que se manifiesta en todas las cosas creadas: en la maravilla de los cielos, en la consistencia de la tierra y de sus mares, en la portentosidad de las estrellas, en la magnificencia del sol y en la poesía de la luna.

Mas nuestra acción de gracias, nuestra eucaristía, no es sino una prolongación de ese momento constituyente de nuestra comunidad, en el que celebramos la muerte y la resurrección del Señor, hasta que venga, y en donde Cristo Jesús se convierte en la acción de gracias más sublime del hombre al amor eterno de Dios Padre.

II.- Comunidad que relata las maravillas de Dios: Congregados portentosamente en comunidad desde los lugares y familias más dispares, unidos quienes estábamos separados por diversas experiencias, ideas y mentalidades, entonamos un cántico sinfónico al Dios que conduce la historia. Con nuestra vida y nuestra alabanza agradecida queremos relatar, dramatizar los portentos maravillosos del Dios del amor. No solamente esos acontecimientos que llaman la atención, sino también, y principalmente, esos milagros cotidianos que solamente son posibles por la presencia vivificante y sorprendente del Espíritu de Dios.

Allí donde se establezca nuestra comunidad, debemos ofrecer a los hombres una Palabra de evangelización que relate, a veces silenciosa pero efectivamente, la grandeza y el amor inconmensurable de Dios. Y, sobre todo, cuando nos congregamos en torno a la mesa eucarística significamos que Dios Padre da alimento a todo viviente, a través del compartir lo que somos y tenemos («dadles vosotros de comer») y sobre todo a través de la entrega del Hijo, con todo lo que es y tiene («me ha sido dado todo el poder»). Comulgar en el Cuerpo del Señor es la gran oportunidad de realización para toda la humanidad. Nosotros, comunidad congregada desde la diversidad, así lo testificamos diariamente. Nuestra vida es un relato de las maravillas cotidianas de Dios.

Oraciones sálmicas

Oración I: Te damos gracias, Señor, porque eres bueno y has manifestado tu gracia eterna en Jesús el Cristo; Él ha sido para nosotros la muestra más indiscutible de tu amor; si Tú nos has amado de esa manera, concédenos que nos amemos igualmente unos a otros. Te lo pedimos, Padre, por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Oración II: Aunque experimentamos nuestra vida como un destierro, podemos proclamar, Señor, que tu misericordia es eterna; sabemos que Tú no nos abandonas, pues el escándalo de la cruz fue el escándalo de tu amor; que él llegue hasta nosotros mediante la operante fuerza de tu Espíritu. Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Oración III: Dios creador, que todo lo creaste en Cristo y para Cristo, proclamamos que así manifestaste tu amor y que en cada cosa de nuestro universo están plasmadas las huellas de tu benevolencia; concédenos la gracia de alabarte siempre a través de lo creado. Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Oración IV: Dios de la historia, Tú ungeste a tu Hijo Jesús con la fuerza del Espíritu y con poder para enfrentarse a los poderes del mal, manifestándonos así tu inmensa misericordia; que nuestra vida se convierta en confesión permanente de tu poder amoroso, capaz de resucitarnos a nosotros como resucitaste a Cristo Jesús. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Oración V: Porque es eterno tu amor, te has aproximado tanto a nosotros, Señor, que has asumido nuestra carne por medio de tu Hijo; nos has ofrecido así la gran posibilidad de vencer a los poderes satánicos del pecado en nuestra misma carne; no permitas que nos alejemos de ti por la incredulidad.

Te lo pedimos, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Oración VI: Te damos gracias, Padre, porque das alimento a todo viviente y porque, en el colmo de tu amor, nos entregaste como alimento y bebida el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo haciendo de ellos tu eterno memorial; gracias, Dios del cielo, porque es eterna su misericordia. Amén.

[Ángel Aparicio y José Cristo Rey García]